

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



No

507

LUANA ALCAÑIZ

GEORGE LEWIS
EL ULTIMO de los VARGAS

25
cts

LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRÁFICA
MODERNA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: Pasaje de la Paz, 10 bis
Francisco - Mario Bistagne TELÉFONO 18551

Año IX BARCELONA N.º 507



El último de los Vargas

Novela de aventuras, interpretada por:
George Lewis, Luana Alcañiz, etc.

Dirección David Howard

Película FOX totalmente hablada en español, filmada
Pl. públicos de la calle castellana *

Distribuida por
HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Valencia, 280 BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
CONRAD NAGEL

Prohibida la
reproducción

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

El último de los Vargas

Argumento de la película

Tejas. Caballistas. Paisajes áridos y desiertos.

En una carreta atravesaban un río el comerciante señor Núñez y su bella hija Elvira.

De pronto el tiro de caballos rompió el enganche y el carro quedó inmóvil, en situación peligrosa, sobre las aguas.

Mal lo hubieran pasado Núñez y su hija de no haber acudido al punto un apuesto y gallardo joven, quien en poco tiempo volvió a reenganchar las bestias, poniendo al coche en situación de proseguir su ruta.

—¡Dios se lo pague, hijo mío!... ¡Muchas gracias! —dijo Núñez.

—Ha sido usted muy amable —añadió Elvira

contemplando con dulzura al salvador. Y luego en voz baja, continuó: Nuestro nombre... es Núñez.

—Vargas es el mío—contestó el joven—, pero casi todos me llaman José.

—A mí todo el mundo me llama Elvira.

—¿Es usted de por aquí?—dijo Núñez.

—Sí, señor. Nací aquí, pero he estado fuera algún tiempo.

—Bueno... pues le repito nuestro reconocimiento por todo, señor Vargas. Adiós.

El carroaje prosiguió su marcha y el joven José Vargas quedó con la vista fija en él, correspondiendo a los saludos de Elvira, quien sin cesar le decía adiós.

¡Era bonita la niña! ¡Ojalá la volviese a ver!

José llegó al poblado natal y se dirigió a casa de su madre. Abrazó conmovido a la mujer que le diera el ser y no tardó en darse cuenta de que algo muy grave le sucedía. Sus ojos llorosos, su actitud abatida, su espalda curvada como buscando el descanso, denotaban el dolor.

—Madre, ¿qué te pasa? Parece que no te encuentras bien, como si estuvieras cansada.

—Oh, no es nada... nada!....

—Si supieras cuánto me he acordado de ti!... Pero, dónde está mi padre? ¿No se sorprenderá al verme?

Los ojos de mamá se humedecieron de llanto.

—¿Qué es eso, madre? ¿Me quieres decir de una vez lo que te pasa?

—Nada. La alegría de verte...

—No, no... Ven, madre, siéntate aquí y explícame.

La buena viejecita se decidió a contar su desventura.

—Han matado a tu padre. Fué el jueves pasado. De otro modo te lo hubiera escrito. Tenía un tiro en la espalda.

—¡Madre, madrecita!

Permanecieron un instante unidos, en silencio, respetándose su hondo y mutuo dolor. Luego José alzó la cabeza y preguntó:

—¡De un tiro a la espalda! ¡Pobre padre! ¿Y quién fué el criminal?

—No se sabe. Encontraron a tu padre en el camino. Se moría...

—Y no dijo quién fué?

—No... no...

—Pues yo he de averiguarlo. Tengo que saber la verdad.

—¿Cómo vas a saberlo cuando nadie lo vió?

—Mi padre no tuvo más que dos enemigos: Parra y El Rojo.

—No estaban aquí.

—¿Y Morán? ¿Dónde estaba Morán? También era enemigo de papá.

Y acariciaba su pistola con ansias de descargarla contra el asesino.

—No sé dónde estaba... Pero deja esa pistola. José, haz lo que te digo. Tú eres todo lo que tengo en el mundo. Oyeme, hijo mío. Tienes la

misma sangre exaltada de tu padre, y yo no lo quiero... Prométeme que no matarás...

—Es imposible, madre... Necesito vengarme...

—Eso sería tu perdición... Sé lo que te pasa, hijo mío... Pero también yo le quería... como te quiero a ti... Prométeme que vivirás en paz, que nada osarás que ponga en peligro tu libertad.

—Bueno, como tú mandes, madre.

Y alejóse malhumorado, lamentando no poder vengarse de los que creía él habían asesinado a su padre. Pero su madre hablaba también en nombre de un santo egoísmo. Quería conservarle para sí anhelando que no fuera un fugitivo de la justicia.

* * *

Varias noches después, se celebraba un baile en el Casino del pueblo. Mientras la gente joven se entregaba a la danza, las personas sesudas comentaban las noticias de actualidad.

—Creímos que pasaría algo al volver José y encontrarse que habían matado a su padre. Pero aquí no ha pasado nada. Me parece que el hijo no quiere pendencias y es más bien un tipo comodón—decía un señor de edad.

En aquel instante entró Morán a quien la voz pública acusaba, aunque miedosamente, de haber sido el asesino del señor Vargas por rivalidades de negocios.

Uno de sus amigos se le acercó y le dijo:

—No debías haber venido por aquí, Morán.

—¿Por qué no?

—Ha llegado José... Andate con cuidado.

—Si me anda buscando, me encontrará.

Con su mirada de desafío estuvo contemplando a las parejas y vió de pronto a José que danzaba con una muchacha, precisamente una chica que le interesaba a Morán.

El rencor más feroz iluminó las pupilas de éste. ¡Ah, cómo odiaba a aquella familia! Había dado muerte a traición al padre y era capaz de hacer lo mismo con el hijo.

Dispuesto a armar pendencia, avanzó hacia José y le separó brutalmente de su pareja:

—¿Quién te ha dicho que puedes bailar con esa muchacha?

José le contestó con odio mal contenido:

—No eres tú quién para impedírmelo.

—Y tú qué sabes? Andate con cuidado, José... No juegues conmigo, porque...

Y dando el brazo a la muchacha, se fué a bailar con ella, mientras José, recordando la promesa hecha a su madre, contenía los ímpetus de su corazón.

Fué después a sentarse a un rincón, y vió como Morán y la joven cesando de bailar, se dirigían a un sitio inmediato al suyo.

Oyó como la chica decía:

—¿No fué ese José a quien le mataron el padre hace unos días?

—Sí, ése es.

—Me dijeron que lo mataron por la espalda...
 —Sí es así, eso demuestra que iba huyendo...
 José, exaltadísimo, avanzó hacia la pareja.
 —Oye, Morán... mi padre nunca huyó de nadie—dijo.
 —¡Bah! ¡Era el padre de un cobarde como tú!—contestó.

—¡Canalla!
 Descargó contra él su puño, tumbando a Morán en tierra. Acudieron los concurrentes separando a los reñidores.

Morán, ciego de rabia, exclamó:
 —¡Miserable! De aquí en adelante lleva una pistola, porque cuando te vea te mataré.

—¡Yo sí que te daré muerte!
 —¡Infeliz! ¡Último de los Vargas! ¡Ja, ja, ja!
 José Vargas regresó a su casa, de un humor sombrío y terrible. El alma volvía a decirle que Morán era el asesino del padre.

—¿Qué es lo que ocurre, hijo mío?—le preguntó su madre contemplándole con inquietud.

—Tuve un disgusto con Morán...
 —¿Morán? Pero...
 —¿Pero qué?
 —Nada... Quería que no vieses más a Morán.

—Madre, tú sabes algo de Morán, ¿por qué no quieres decírmelo?

—¿Yo?...
 —Cuando yo era pequeño y te contaba algún embuste, me regañabas, y me decías: José: mírame y sabré la verdad. Ahora te digo yo: Ma-

dre, ¿puedes tú mirarme a la cara y decirme que Morán no mató a mi padre?

—José... José... Es verdad... El me lo confesó antes de morir. Fué Morán quien le mató... Pero no le hagas nada. Te vas a perder, si te vengas. Te perseguirán hasta hacerte la vida imposible.

—Lo sé todo... y también conozco lo que tengo que hacer—respondió sombríamente.

Y apoderándose del revólver salió de nuevo como una exhalación hacia el baile y avanzando hacia Morán que estaba bebiendo tranquilamente, le dijo:

—Aquí estoy, Morán. Creo que debía matarte por la espalda como mataste tú a mi padre.

Su mano esgrimió la pistola, pronta a disparar.

—¡Eso es mentira! — rugió Morán, palideciendo.

—¿Sí? Bueno... Te doy unos segundos para que te prepares... Tú no lo hiciste con mi padre. Pero ándate ligero.

—¡Ladrón!
 Morán fué a dispararle, pero José Vargas le ganó en listezza. Disparóle un tiro dejándole muerto en el acto. Luego encañonando a todos los concurrentes y abriéndose paso, dijo:

—¡Atrás todo el mundo! ¡Quietos!
 Y desapareció, vengador de su raza.

* * *

Llevaba varios días vagando por los campos, cuando una tarde encontróse con un hombre, quien le amenazó revólver en mano.

—¡No te muevas!

—Está bien, sheriff. A sus órdenes—contestó José creyendo que estaba ante el representante de la ley.

—¿Sheriff...yo? ¿Qué broma es ésta? ¿Tú también huyes de la justicia? ¿Sí? Entonces eres de la casta de los míos... Yo soy Luke, un afiliado a la banda de Blanco, a quien persigue la ley. ¿Y tú?

—Yo soy José Vargas a quien buscan porque di muerte a Morán.

—Bravo, amigo!

Sellaron una buena amistad al sentirse los dos igualmente perseguidos.

—Oye, ¿tienes algo que comer?—dijo Luke—. Hace dos días que no como.

—No, pero tengo aquí algún dinero.

—Bueno. Si me convidas, yo sé dónde encontrar comida.

—De acuerdo.

—Voy por mi caballo. Espérame aquí.

Luke desapareció, montó a caballo y marchó hacia cierta casa donde se vendían alimentos.

Pero apenas había avanzado unos pasos, fué detenido por el sheriff y sus hombres, que reco-

rrían aquellos parajes en busca de José. Quiso huir, pero fracasó en su intento. Lo rodearon los vaqueros procediendo a su arresto.

—¡Bien, Luke!—dijo el sheriff—. ¡Al fin caíste! Poco a poco iremos diezmando tu banda.

Apareció José, el cual, revólver en mano, les obligó a soltar al prisionero.

—¡Arriba las manos, sheriff! ¡Soltad las pistolas!... Vamos, fuera de aquí. ¡Retroceded a galope, pronto!

El sheriff y sus hombres, obligados por la ley de la fuerza, obedecieron, pero apenas habían retrocedido unos metros, efectuaron una descarga cerrada, tumbando en tierra gravemente herido a Luke.

José les persiguió a tiros, pero consiguieron huir y ponerse a salvo. Volvió José al lado de aquel hombre al que por extraño impulso de compañerismo había querido salvar de la ley, y le dijo bondadosamente:

—¿Te han herido, Luke?

—Me han matado... Sé que me voy a morir. Vargas... Mira qué herida tengo en el pecho.

—Animo... Esto no será nada...

—No... yo me muero... siento que se... me escapan... las fuerzas...

—Luke... Luke... ¿no tienes familia?

—Familia... no... pero... oyeme... tengo un compañero llamado Erche... Las cosas andaban mal para Erche y para mí... ¿sabes?... y nos unimos a la partida de Blanco... Es un mal hombre ese

Blanco... Tiene su guarida por estos alrededores... Mira... me siento acabar... Ve a ver a Erche y dale mi caballo... Allí podrás descansar... y librarte de las persecuciones.

—Vamos, Luke, no te vas a morir. No pienses así.

—Blanco tiene allí una muchacha que no quiere estar con él. Erche y yo quisimos libertarla. Tú puedes ayudarle. Tú y Erche podéis ser buenos amigos. Marchaos lejos y comenzad una nueva vida. Adiós... José... a... d... iós.

Y reclinando la cabeza, murió.

José, dolorosamente affigido, procedió a enterrar el cuerpo de su compañero. Luego, decidido a cumplir la última voluntad de Luke, se dirigió hacia las vecinas montañas, donde tenía su guarida la famosa banda terror y azote de la comarca.

Al llegar a aquellos intrincados parajes le rodearon numerosos hombres que le miraron con torva expresión. ¿Qué quería aquel individuo que parecía venir en son de paz?

—Ando buscando a uno que se llama Erche—dijo José.

—¡Ah, bien!... Pero ese caballo me parece a mí que es de Luke. ¿Qué vas a hacer con él?—preguntó uno de los bandidos llamado Estévez.

—Luke murió. Me dijo que trajera aquí su caballo y se lo diera a Erche.

—Bueno, venga—dijo Estévez tirando de una cuerda que parecía rodear el cuello del animal.

—¿Te llamas tú Erche?

—A ti qué te importa cómo me llamo? ¡Dame el caballo!

Tiró de la cuerda, pero cayó bruscamente al suelo y vió que el otro extremo lo sostenía José.

—El caballo no es tuyo, sino de Erche—indicó José con energía.

—¡Estévez! ¿Qué ocurre?—dijo una voz dura y autoritaria—. Yo soy Blanco, ¿qué desea usted, señor?

—Yo me llamo Vargas—contestó José mirando con desagrado al recién venido—. Luke murió a manos del sheriff.

—Y tú vienes aquí a ocupar su puesto ¿no?

—No. Me marcho pronto.

Pero en aquel momento vió asomarse por la alta ventana de una casita que había allí cerca a una mujer en quien reconoció asombrado a Elvira Núñez, la bella criatura que encontrara un día con su padre al atravesar el río. Ella le sonrió con inmensa tristeza y sintió José un vigoroso latido en el corazón. ¿Sería aquella muchacha la secuestrada?

—Blanco, lo he pensado mejor y me voy a quedar—decidió.

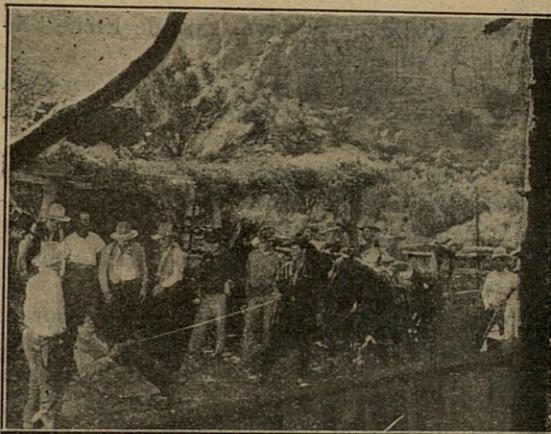
—Me alegra. Serás un camarada más.

—Es muy interesante todo esto. Pero dígame, ¿está aquí un hombre llamado Erche? Luke me habló de él.

—Sí, es uno de los nuestros. Erche, ven aquí.

No tardó en presentarse el llamado Erche, un sujeto de cara bondadosa, otra víctima como Luke de su mala estrella.

—Luke murió, Erche. Me dijo que trajera aquí su caballo y se lo diera.



—*El caballo no es tuyo...*

—¡Pobre amigo mío! ¡Gracias, gracias!... ¿Y cómo ocurrió la desgracia?

José le explicó lo sucedido anunciándole también que se quedaba a vivir allí.

—Entonces serás mi compañero. Vivirás en mi cabaña, ¿quieres?

—Con mucho gusto, Erche.

Estévez pretendió agredir a José Vargas. Aprovechando un instante de distracción de éste, se lanzó sobre él y mal lo hubiera pasado José de no contenerle a tiempo con su revólver.

Estévez se alejó refunfuñando y Blanco advirtió a José que allí no admitía que nadie atacase con armas a un compañero. No quería derramamiento de sangre.

José y Erche marcharon a su cabaña. José deseaba poder saber cosas de la mujer por la cual se quedaba. ¿Qué le importaba en cambio la vida de los bandidos?

—Blanco trajo a Elvira aquí, ¿verdad? —preguntó a su nuevo compañero.

—Sí. Hubo un pequeño accidente. Mataron a su padre.

—¿Lo mató Blanco?

—Sí!

—¿Y cómo han tratado a Elvira hasta la fecha?

—Bien. La señora Blanco es tan celosa que ésto la ha protegido. Luke y yo ideábamos planes para libertar a Elvira. Nos daba una lástima... Porque debes saber tú, que ni Luke ni yo somos ladrones profesionales.

—Todo lo sé. Y ahora entre los dos salvaremos a Elvira. No sé cómo nos vamos a arreglar, pero la salvaremos.

Y le estrechó la mano en firme e inquebrantable actitud.

* * *

Blanco se disponía a marchar aquella noche a las vecinas montañas de la Roca. Iría solo, pues quería explorar el terreno para realizar en breve un asalto a una diligencia.



...de no contenerle a tiempo...

Antes de alejarse de su cabaña, subió al cuarto de Elvira. La pobre muchachita, desde que asesinaron a su padre, vivía horas de trágica inquietud. Encerrada en las habitaciones altas de

aquel caserón, se preguntaba qué iba a ser de ella.

Un rayo de luz había llenado su alma al ver poco antes a José Vargas. ¿La salvaría ese muchacho noble?

Blanco entró en la habitación y dijo a Elvira dando a su voz inflexiones cariñosas:

—¿Cómo va eso, muchacha?

—¡Ya ve usted! —gritó la joven mirándole con rabia—. ¿Por qué no me deja marchar de una vez? No contentos ustedes con haber dado muerte a mi padre quieren ahora privarme de libertad.

—No te quejes. Nadie te molesta. Puedes recorrer todo el piso como si fueses la señora. Y no quiero que seas tan esquiva conmigo, ¿entiendes? De tu conducta depende tu próxima libertad —añadió pretendiendo abrazarla.

—¡Oh, déjeme!

A los gritos que ella daba apareció la señora Blanco, mujer apasionada y extremadamente celosa.

—¿Qué pasa aquí? —rugió.

—¡Su marido que no quiere dejarme en paz! —protestó Elvira.

—Tú tienes la culpa.

—Eso no es verdad.

—Sí, tú, tú. Acechas a mi marido... le buscas. Pues de aquí en adelante no le verás más.

—¿Qué culpa tengo yo si anda detrás de mí todo el tiempo?

La señora Blanco le lanzó una mirada de desprecio y cogiendo por un brazo a su marido salió con él, recriminándole duramente su proceder.

Pasó un día. Blanco estaba fuera. La esposa del jefe había visto a José Vargas, prendiéndose rápidamente de él con la fuerza de expansión de los temperamentos pasionales.

José, entretanto, había procurado, aunque inútilmente, acercarse a Elvira. ¿Cómo hacerlo para ver a esa bella mujer, para arrancarla de las garras infames?

Erche le dió aquella tarde interesantes noticias.

—Chico, la señora Blanco está loca por ti... Me ha preguntado quién eras, qué hacías, cuál era tu vida. "¡Qué simpático es ese muchacho!" ha repetido más de una vez.

—Y tú, ¿qué le has dicho?

—Le he seguido la corriente. Le he dicho que tú también estabas loco por ella.

—¿Tú has hecho eso?

—Pues claro. Así, si te captas su confianza, te será más fácil acercarte a Elvira.

—Tienes razón. Sabes mucho, Erche. Pero te confieso que creo no servir para hacer el amor a la mujer de otro.

—No te preocupes. Ella te lo hará, o yo no conozco a las mujeres.

Y Erche no se equivocaba. Aquella noche, José rondó por el jardín de la casa de Blanco. De

pronto se sintió llamado por una voz de mujer. Era la señora Blanco que le invitaba a entrar.

José no se hizo repetir la indicación y sentóse en un banco del jardín al lado de la bella.

—Señora Blanco—le dijo mirándola con fingido apasionamiento—. Es usted una mujer de las que no se imagina uno encontrar por estos lugares.

Ella, que se había enamorado de la arrogancia del mozo, le contestó:

—¿Usted lo cree?

—Sí, señora Blanco.

—Me gustaría que no me llamase señora Blanco esta noche—suspiró—. Llámeme Lola.

—¡Lola!

—¿Va a estar usted aquí mucho tiempo, José?

—Eso depende de Blanco... ¿Espera usted que regrese pronto?

—Nunca lo sé... Algunas veces pasa varios días fuera. ¡Ah, si usted supiera, José, cuánto he soñado... que un día alguien vendría... que me apartaría de todo esto!... Alguien, así como usted...

—¡Lola!

Con falsa ternura besó sus manos. Era preciso ganar a esa mujer para su conveniencia.

Apareció un centinela ante la verja del jardín. Era Estévez.

José alejóse rápidamente mientras la señora Blanco iba al encuentro del importuno.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy de centinela. El amo quiere que vigile.

José, que había saltado la verja por la parte posterior, volvió a entrar en el jardín y sin ser visto por la señora Blanco, trepó ágilmente por los muros de la casa y entró en la habitación de Elvira.

Elvira emocionada le tendió las manos.

—Es la primera oportunidad que he tenido de verla, Elvira.

—Pero no ve que arriesga su vida, José?

—Erche me dijo lo que pasó.

—Sí. Blanco me trajo aquí. Mi padre y yo acampamos para pasar la noche. Blanco y su gente nos asaltaron y cuando mi padre quiso protegerme, Blanco le mató.

—¡El canalla!

—Y Blanco me persigue siempre... siempre... ¡Tengo miedo!... No sé cómo podré escaparme de aquí.

—Confíe en mí. Yo he de sacarla de este encierro, Elvira. Tengo un plan. La señora Blanco nos va a ayudar.

—¿La señora Blanco?

—Por supuesto ella no lo sabe... pero será nuestra colaboradora. Esté preparada, Elvira, para mañana por la noche.

Besó la mano de aquella criatura tan gentil y repitiéndole su promesa de no abandonarla, volvió a saltar por la ventana.

* * *

A la otra noche, José y Erche concertaban el plan de fuga.

—Los caballos de Blanco están en el establo. Tenlo todo preparado—decía José.

—¿Y no habrá dificultades?

—No. La mujer de Blanco cree que va a escaparse conmigo. Ella me espera a la entrada de las cuadras. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Confía en mí y tú cuídate de lo demás—indicó Erche—. Tú y Elvira seguís luego por la vereda de la izquierda. Yo ya os encontraré más tarde.

—¡Magnífico! La señora Blanco se va a llevar la sorpresa más grande de su vida. No me gusta hacer estas cosas... pero no hay otro remedio.

En efecto, durante aquellos días, José había conseguido apoderarse de tal manera de la voluntad de la señora Blanco que ésta, ávida de aventuras y de amor, había accedido a fugarse aquella noche.

José se separó de Erche para ir al encuentro de la señora Blanco que ya le aguardaba con impaciencia en el sitio convenido.

—¡José!—le dijo ella besándole—. ¡Qué alegría estoy! ¿Me quieres, me querrás siempre?

—Ya sabes que sí. Pero, oigo ruido... ¡A ver, aguarda!... Entra en el establo... ¡Pronto!

—Me das miedo.

—Que no te vean.

La señora Blanco, obedeciendo las indicaciones de su amigo, entró en las caballerizas, e instantáneamente se sintió cogida por unos brazos robustos que la inmovilizaron y ataron fuertemente, poniéndole además un pañuelo en la boca.

Mientras Erche completaba su labor de inutilizar por completo a la señora Blanco, José se dirigió rápidamente a las habitaciones de Elvira.

En aquel instante la pobre muchachita se hallaba luchando contra los instintos brutales de Blanco, que había llegado poco antes a su guarida y que, sin que nadie le viese, había subido al cuarto de la prisionera, deseoso de hacer suya de una vez a la adorable ingenua.

—¡Váyase... váyase! —gemía la inocente.

—¡No! Ya estoy cansado de esperar, ¿me entiendes?

Trataba de besarla. Pero la puerta abrióse y un hombre, José Vargas, apareció en el umbral.

El muchacho que iba a buscar a Elvira para fugarse con ella, encontróse con la desagradable sorpresa de aquella lucha innoble.

Instantáneamente su mano se armó con un revólver y apuntó, dispuesto a disparar sin compasión, contra el jefe de los bandidos.

Abrazó a Elvira y fué retrocediendo hacia la puerta mientras decía al miserable:

—¡Quiet! ¡No des un paso!

Salió, cerró la puerta con llave, y corriendo con su adorable Elvira hacia el exterior subió a caballo y partió velozmente de aquellos parajes desagradables.



...dispuesto a disparar sin compasión...

Erche, después de dejar bien maniatada a la señora Blanco que en la oscuridad no le reconoció, salió de la cuadra y aguardó los acontecimientos.

Blanco quiso salir del cuarto de Elvira y no consiguiéndolo disparó varios tiros al aire para llamar la atención.

Varios hombres, entre los cuales estaba Erche,

corrieron en su auxilio, y Blanco, loco de rabia, les gritó:

—¡Habéis dejado escapar a José con Elvira! ¡Vamos! ¡Aprisa! ¡Dad la señal y tomad los caballos!

Y salieron todos en persecución de los fugitivos sin que Erche hiciera nada para sacar a la señora Blanco de su encierro. ¡En justo castigo a su perversidad permanecería ella en el establo varias horas!

* * *

Elvira y José, después de haber recorrido muchas millas, pasaron la noche en una choza situada en la cima de una montaña.

Durmieron tranquilamente, confiados en que nadie les encontraría. Y a la otra mañana, cuando José despertó, encontróse ya a la dulce mujer que le preparaba un café con leche, pues en la cabaña, habitada a veces por pastores, no faltaban las provisiones.

Se dieron alegremente los buenos días y mientras tomaban la frugal colación hablaron de sus vidas, de su pasado, de sus recuerdos. José se conmovió al explicar la muerte de su padre.

La circunstancia de que los dos padres hubiesen sido asesinados pareció atraer más y más aquellos dos corazones en los que flotaba un pasado de tragedia.

—Elvira—le dijo él de pronto, enternecido—. Te quiero... deseo que te cases conmigo...

—No... no puede ser—gimió ella, desconsolada—. Tú no podrías formar un hogar, una familia. Siempre serías un perseguido por la ley.

—Nos marcharíamos de aquí, tú y yo. Lejos, muy lejos. Yo cambiaría mi nombre.

—De nada serviría, José. Te perseguirían por todas partes.

—Pero, ¿es que no comprendes? Te quiero y nada me importa todo lo demás. Dime, Elvira, ¿vendrás conmigo?

—No podría hacerlo. Siempre serías un fugitivo. Y así nunca podríamos ser felices.

—Pues hay que arreglar esto.

Tristemente salió de la cabaña diciendo que iba a buscar agua para el caballo y que volvía en seguida.

Momentos después aparecía Erche.

—¡Elvira! ¡Elvira! He podido alejarme de Blanco con el pretexto de buscarnos por esos contornos. Pero, ¿y José?

—Ha ido a buscar agua. Y yo me marcho.

—¿Sola? ¿Adónde vas?

—Voy a Llanos a ver al jefe de la guardia rural para pedirle el indulto de José. Necesito que no le persigan. Yo le quiero y deseo vivir sin sobresaltos con él.

—Pues bien, yo te acompañó. Pero deja escrito un papel para José anunciándole que volverás pronto.

Así lo hizo Elvira, y los dos partieron rápidamente en solicitud del indulto de José.

Cuando éste regresó momentos después encontróse con la desagradable sorpresa de la ausencia de su novia. Esperaría. Aquella noble mujer iba a realizar un paso que seguramente no tendría éxito. La ley desconoce los sentimentalismos.

Horas después Elvira y Erche iban a ver al jefe de la guardia. También se encontraba allí la madre de José que se había unido a ellos en el dulce afán del perdón.

Pero el jefe se mostraba implacable:

—Lo siento mucho. La ley es la ley. José mató a un hombre por venganza y mi obligación es prenderle y traerlo aquí.

—Pero ese hombre mató al padre de José—dijo la señora Vargas.

—Y además, José arriesgó su vida por librarme de Blanco. Y esto debe constar en su favor—añadió Elvira.

—¡Ah, Blanco es el peor sujeto que tenemos en toda esta comarca y todavía no hemos podido nunca echarle mano!—comentó el jefe.

—Oiga, jefe—dijo Erche—, si olvida usted lo de José, les llevo adonde está Blanco. Yo formo parte de la banda, pero obligado por las circunstancias. No me importa que me detengán si José queda libre.

—¡Sea! Confío en usted, pero si me engaña le hago ahorrar.

La señora Vargas y Elvira quedaron en el pueblo, y el jefe con sus hombres y Erche se

dirigió hacia las montañas, en dirección a la guarida del famoso bandido.

Entretanto, Blanco y su gente seguían rondando por aquellos desiertos parajes en busca de Elvira y de José.

Blanco estaba impaciente por la tardanza de Erche. ¿Dónde se encontraría ese hombre? ¿Les habría traicionado?

José Vargas, cansado de aguardar en la cañaña, había salido al campo. De pronto en una de las incursiones que realizaba vió a Blanco y sus gentes.

Impulsó su caballo a galope. Los bandidos no le habían visto. Y José pensó en el rápido modo de poder detener a aquella pandilla de criminales. Y mientras estaba en plan de meditación vió llegar a Erche con el jefe de la guardia y sus servidores.

Los dos amigos se saludaron cariñosamente, y José advirtió al jefe que Blanco rondaba por las cercanías.

—Vengan y les guiaré hacia donde están—les dijo.

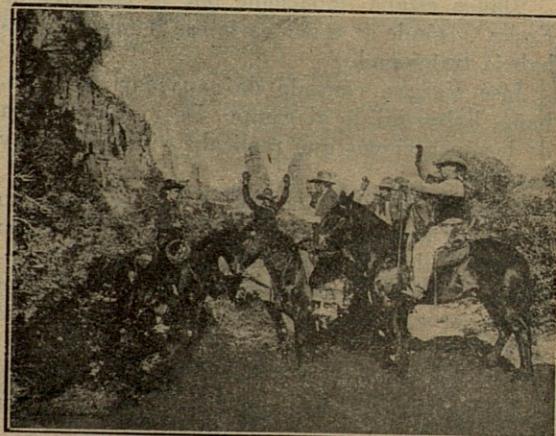
Confiados en él le siguieron y en un cercano valle hallaron a los bandidos.

José adelantándose unos metros y después de rogar a los guardias que rodearan el valle, avanzó hacia los bandidos, revólver en mano.

La súbita aparición cogió de sorpresa a los miserables, quienes se entregaron sin vacilar al

ver que llegaban nuevos refuerzos para detenerles.

Un odio brutal iluminaba las facciones de Blanco al ver a José y a Erche entre los hombres que le habían alcanzado.



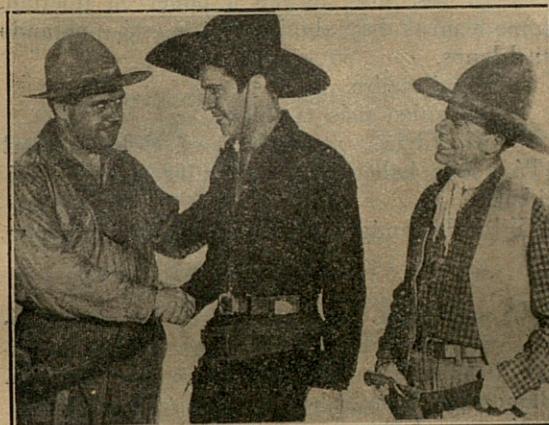
...avanzó hacia los bandidos...

Y de pronto dando un violento salto y agujoneando al caballo escapó del grupo. Pero estaba escrito que había perdido definitivamente la libertad. José le persiguió disparándole varios tiros e hiriéndole de gravedad, consiguiendo su detención.

Presa ya toda la banda, José avanzó hacia el jefe de la guardia y le dijo:

—Aquí me tiene usted. Las circunstancias le han favorecido. Estoy preso.

—No, preso, no—dijo el jefe estrechándole la



—Ha prestado usted un buen servicio...

mano—. Ha prestado usted un buen servicio al Estado, deteniendo a Blanco.

—Gracias... Y a ti, Erche, ¿te han detenido?

—El jefe y yo somos amigos—dijo—. He hecho trato con él.

—Trato, no—advirtió el jefe—. Dije que si deteníamos a Blanco y a su gente haría todo lo

que estuviese de mi parte para conseguir vuestro indulto.

Erche, sonriente, dijo a José, mientras el jefe daba las últimas órdenes para proceder al traslado de los bandidos:

—Ya ves, José, te van a poner en libertad, como a mí. Y hay alguien que te está esperando en Llanos.

—Sí, mi madre.

—Y alguien más también...

—¡Mi Elvira, ¿verdad?... mi dulce Elvira! ¡Tú y ella habéis sido los artífices de mi felicidad!

Y los dos amigos se abrazaron fraternalmente.

* * *

La visión de aquellos días de amargura borróse rápidamente. Elvira y José se casaron. Erche, indultado también, fué su mejor camarada. Blanco pagó en la horca sus muchos crímenes.

Y, vengada la muerte de sus padres, Elvira y José vivieron toda la relativa felicidad que es posible alcanzar en el mundo... José era objeto de la admiración popular. El último de los Vargas era tan valiente y leal como el primero...

F I N

Sea usted coleccionista de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA MODERNA

Continuación, como segunda época, de la más popular de las novelas cinematográficas, transformada

Portada a todo color

Bella postal-regalo.

Precio: **25 cts.**

Números publicados:

Amor audaz

Bandido por excelencia

Tenor y Tenorio

La evadida

Amor

La indomable

Alta sociedad

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

Vea usted la transformación
operada en

LOS GRANDES FILMS
de la Novela Semanal Cine-
matográfica, cuyo título actual es

Los Grandes Films mudos y sonoros

Simpático tamaño, mayor que antes.

Numerosas ilustraciones en el texto.

Números publicados:

El vals de moda - Siete caras - Redención
El halcón de los aires - Tarakanowa - Pepe
Hillo - El hombre de la rana - El cuerpo
del delito.

Portada a color · Precio: 50 cts.

Ediciones BISTAGNE



Pasaje de la Paz, 10 bis
Teléf. 18551. - BARCELONA